

*William R. Svec*

---

## Lo que significa Joaquín V. González para un estudiante norteamericano

**M**I propósito en este artículo no es juzgar a Joaquín V. González. Eso sería una tarea audaz de mi parte, pues reclamaría un estudio profundo y serio que en estos momentos no puedo abordar. Prefiero pues, ceñirme a dos puntos: el primero concierne a la historiografía argentina y el otro será una contestación a la pregunta ¿Cómo es que un estudiante norteamericano conoce a González?

Es proverbial que en muchas partes del mundo, un "diablo" impresiona mucho más que un "santo". Los antropólogos, los folkloristas y otros que se dedican al estudio de las sociedades —tanto primitivas como modernas— nos cuentan hasta qué punto el hombre es víctima del temor que siente frente a los hechiceros, los malhechores y los malvados. Parece que la ciencia moderna, y en especial la psiquiatría y la psicología, comprueban el hecho de que el ser humano muchas veces se orienta según las fuer-

zas negativas que forman parte de la naturaleza humana.

Quizá es por eso que la historia con frecuencia se inclina a recordar la obra de un hombre de mala fama (como un sangriento caudillo, un asesino o un tipo destructivo por el estilo de Hitler) en vez de dedicarse al estudio de los hombres de bien, esos que actúan al servicio de la humanidad. Por ejempl: ¿No es cierto que los argentinos conocen mucho mejor a Juan Manuel de Rosas que a Joaquín V. González?

Puede citarse una cantidad de ejemplos de esta clase para indicar que, al menos en el caso de la historia que se escribe a menudo, sucede que a los grandes hombres, los "santos", no se les trata con justicia: se les ignora o se les olvida completamente. Es esta una de las paradojas que dan salsa a la vida y a la vez nos confunde en cuanto a la perspectiva nuestra de qué es la justicia histórica.

Estoy convencido que con Joaquín V. González se tiene una gran deuda; el estadista riojano pide justicia y ya es tiempo de dársela.

Aunque parezca una contradicción, debo decir lo antes posible que para mí González nunca ha sido un santo en el sentido estricto de la palabra. Para explicarme bien claro, tengo que confesar que me es difícil creer ni en Santos ni en Diablos, así entendidos, mas en "diablos" y "santos" creo fervorosamente. Es decir, creo que existen y siempre han existido hombres capaces de hacer bien y mal, en proporciones variables, para sí mismos y para con la sociedad en que actúan. Sin equivocación, me considero muy partidario de la moral que es nuestra herencia occidental y por eso prefiero que se juzguen los hombres según la ética cristiana. Así quiero que me juzguen mis prójimos a mí. Así quiero que se le juzgue a Joaquín V. González, integralmente, con sus virtudes y sus defectos.

Difícil sería dudar que, en fin de cuentas, la vida de González se dedicaba casi siempre hacia los intereses de la colectividad en vez de sus intereses particulares. Digo casi siempre, porque creo que el escrutinio concienzudo que se haga respecto de cualquier hombre, aunque sea un "santo", puede revelarnos unos defectillos o fallas de carácter que forman parte de la personalidad de todos. Al tener presente el sentido profundo del honor y la honestidad que caracterizaba a González, creo que estaría de acuerdo conmigo ese hombre "de las montañas" respecto a esta posición mía.

Lo que me ha impresionado mucho, leyendo la vasta bibliografía que existe acerca de la vida y obra de González, es que todavía no se ha escrito una bibliografía *completa* de este hombre destacado. ¿Es posible —me pregunto— que a los argentinos no les interese este hombre?

¿Es posible que hasta la fecha, ningún historiador del país haya descubierto el mérito del gran riojano, para dedicarse a exponerlo a sus conciudadanos, en la forma de una bibliografía, comparable con las que existen sobre Sarmiento, Mitre, San Martín y otros argentinos de igual importancia?

Otra cosa que me ha impresionado es que mucho de lo que se ha escrito en homenaje a Joaquín V. González tiende a ser elogio inmoderado. Es decir, que a él nos acercamos más como un santo ideal que como un santo humano. Lo que se necesita es un estudio objetivo, hecho por una persona que aprecie la verdad tanto como la apreciaba González mismo. ¡Qué útil sería contar con una biografía completa sobre un argentino tan desconocido entre argentinos! Eso, indudablemente, sería hacerle debida justicia al "místico de Samay Huasi".

Toda sociedad tiene que buscar y rebuscar sus propios héroes, esos "santos" que reflejan las aspiraciones y esperanzas nacionales. La Argentina ha producido y continuará produciendo grandes hombres que sirven para fortalecer un orgullo profundo y legítimo dentro de la conciencia nacional. ¿Puede hallarse un héroe argentino más auténtico que González? Creo que no existen muchos casos que puedan sobrepasar el de González en cuanto a su historial como servidor público. Este gran constructor del espíritu argentino, aunque fue aristócrata intelectual, fue a la vez gran propulsor de los ideales democráticos. ¿Quién puede dudar que la creencia fundamental que caracterizaba a González durante toda su larga carrera, no tenga vigencia hasta en la época actual? ¿No es acaso que González todavía tiene mucho que decirnos, mucho que podemos aprovechar en la actualidad? Un pensamiento de él que aún recuerdo, que sirve para fortalecernos, es

## MIRADOR

aproximadamente el que sigue: "El patriotismo y la democracia se fundamentan en la tolerancia y la justicia; en el sacrificio de todos al contribuir, con la buena voluntad y el celo de cada uno, a los intereses de la colectividad; siempre templado el pueblo con un sentido de honor y dignidad y el respeto legítimo de los derechos del prójimo".

Tengo que confesar que hasta hace bastante poco yo ignoraba quién era González. Hace unos años, en la Universidad de Texas, donde sigo mis estudios para doctorarme en historia latinoamericana, tuve que decidirme en cuanto al tema que iba a investigar en un curso bajo la dirección del doctor Thomas F. McGann. Este distinguido profesor me sugirió que investigara la vida y la obra de Joaquín V. González. Reaccioné pidiéndole, a mi vez, que me dijera quién era este González, ¡porque ni sabía que era argentino! Así leí por primera vez a J. V. González, indagando en sus *Obras Completas*, para mi monografía en el curso a cargo del profesor McGann. Y en su magnífica prosa ejercité mi rudimentario conocimiento del castellano.

Desde ese momento en más descubrí que no era yo el único que desconocía a este grande hombre, porque todos mis colegas se encontraban en la misma ignorancia. Lo que es todavía peor, según mi juicio, es que muchos argentinos que he conocido ignoraban igualmente la personalidad de J. V. González y de sus valiosísimas labores en los distintos campos del saber y del hacer. Algunos se acordaban que "había un González que escribió una *novela* titulada "Mis montañas".

Deben saber mis lectores que en mi país también se le conoce mucho mejor a Juan Manuel de Rosas que a Joaquín V. González. Me atrevo a decir que, en manera significativa, los argentinos mis-

mos son responsables de eso. A mí me parece cierto que cuando se "propagandiza" la fama de un héroe que surge de una sociedad, entonces se le llega a conocer realmente fuera de la misma sociedad. Por ejemplo, si ignoráramos a Lincoln en los E.E. UU., ¿cómo podríamos pretender que se le conociera en el exterior?

El aspecto más serio de este problema, es que mis conciudadanos norteamericanos, que sólo ahora han empezado a abandonar el aislamiento tradicional frente a cuestiones internacionales, no conocen los héroes verdaderos de las repúblicas latinoamericanas. Es indudable que a nosotros también nos impresionan mucho los "diablos". (Me acuerdo de ese famosísimo senador McCarthy que dio un nuevo nombre a una tiranía antigua; y en estos momentos me doy cuenta, asimismo, de la fama hecha por ciertos gobernadores de nuestro sur). Lo que da mucha esperanza es que actualmente se puede aprovechar un nuevo interés en valores positivos que nos corresponden; valores que pueden sustentarnos frente a la crisis que amenaza la civilización que compartimos. Necesitamos héroes comunes. Es por eso que deseo que mis conciudadanos conozcan la obra de los González de este mundo.

Considero un privilegio haber tenido la oportunidad de estudiar en la Universidad de Texas, (situada en Austin, capital del estado) donde existe desde hace muchos años un Instituto de Estudios Latino-americanos. El Instituto es una entidad que coordina la obra de varios departamentos (o facultades), como historia y literatura, ciencia política y antropología, economía y hasta pedagogía y arte. En cada departamento, existen especialistas cuyos intereses se dirigen casi exclusivamente a dar cursos y hacer investigaciones dentro de las varias disci-

plinas, siempre con enfoque en América latina. De esta manera, la Universidad de Texas ha producido una cantidad grande de catedráticos y especialistas que sirven en varios "colleges" y universidades en todas partes de los Estados Unidos. Nuestra ventaja en Texas es haber tenido dirigentes con visión, que se dieron cuenta hace tiempo de la importancia de esta obra, la cual ha sido facilitada por la vasta y excelente Colección Latino-mericana de la Biblioteca de la Universidad de Texas.

Como hijo adoptivo de Texas, (nací en Chicago, pero mis padres vivieron en Texas por muchos años), me es grato decir que la universidad de este Estado es una de las más importantes en lo que toca a estudios sobre la cultura e historia latino-americanas. Sin embargo, debo agregar que hay otros centros que se dedican al mismo fin. Algunos de ellos son: la Universidad de California (en Los Angeles y en Berkeley), New Mexico y Florida, Harvard y Pennsylvania, Illinois y Wisconsin, Tulane y Columbia. Además, quiero señalar que ahora es posible que un profesor de historia o literatura, economía o antropología, pueda conseguir un puesto como especialista de una disciplina enfocada hacia una hermana república, en colegios o univer-

sidades donde hasta hace poco no se ofrecían cursos en lo referente a lo latino-americano. Creo que no sería muy atrevido decir que esto significa casi una pequeña revolución en el pensamiento educativo de mi país. Es un adelanto notable.

Hay algunos que tratan de explicar este nuevo fenómeno diciendo que a Fidel Castro se le debe agradecer que haya despertado a los norteamericanos de su tradicional indiferencia por las repúblicas latino-americanas. Que los que dicen esto están exagerando, no hay duda. (Estoy recordando la política de buena vecindad inaugurada por el presidente Franklin D. Roosevelt). También tiene algo que ver con este fenómeno la madurez crecida y la buena voluntad del pueblo norteamericano —sobre todo después de la segunda guerra mundial— para conocer otros pueblos que habitan este cada vez más chico mundo. Pero quizá tengan un poquito de razón, lo que me resulta irónico. De nuevo llega un "diablo" que, en fin, nos ha servido de una manera inesperada. Solamente lamento que no pudiera suceder la misma transformación mediante la intervención de un "santo". Tanto mejor sería, opino yo, que un Joaquín V. González nos inspirara el mismo resultado.